

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pts
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 " " Extranjero " . . . 1'50

Los Socialistas, los Anarquistas y las Sociedades Obreras

Los socialistas más significados que como delegados asistieron al último Congreso de la Unión General de Trabajadores efectuado en Madrid, combatieron los propósitos de la unificación de los organismos obreros de España, de franco combate al capital, hoy divididos en tres fracciones, o sean la Unión General y la Confederación Nacional, que son los dos más importantes núcleos, y, además, el gran número de sindicatos que, por efecto de este dualismo o mejor a causa de él, no están adheridos ni a la Unión ni a la Confederación.

Y las razones que han aportado para oponerse a la voluntad y buenos propósitos de veintitrés entidades representadas en el Congreso son tan erróneas, implican un falseamiento tan grande de lo que es el societarismo o sindicalismo obrero, que otra vez hemos de insistir en lo que afirmamos en distintas ocasiones ante los confusionismos entre el medio y el fin, entre la organización de fuerzas para el combate contra el enemigo común la burguesía y el capitalismo y el ideal de una sociedad humana mejor, más equitativa, más justa que la que actualmente deshonra a la Humanidad.

Los socialistas referidos han confundido la Unión General de Trabajadores con su Partido Socialista y han tomado a la Confederación Nacional del Trabajo como un Partido formado de todas las agrupaciones anarquistas de España. De ahí sus capciosas afirmaciones de la imposible unificación de los dos organismos confederales.

Y este error, sostenido interesadamente por los jefes de un partido político cuyo único medio de lucha son los comicios electorales y el parlamentarismo y cuyo ideal es la conquista del poder político mediante el único medio referido, este error, es necesario que sea desvirtuado para que se desvanezca en bien de toda la clase obrera organizada, de la misma manera que los anarquistas hemos desvanecido el error de algunos sindicalistas que confundieron la organización sindical obrera con el anarquismo.

Es tanto o más lamentable la confusión de la Unión General de Trabajadores con el Partido Socialista como la confusión del sindicalismo con el anarquismo. Estas amalgamas causan tan grande daño a los propósitos reivindicadores de la clase obrera y a las ideas, como grandes son los beneficios y conveniencias que proporcionan a la clase dominante en general, capitalista y autoritaria. No bastaba que la burguesía, el enemigo común, tratase de impedir la unificación sindical obrera con la creación de sindicatos católicos y «amarillos»; había de manifestarse también el partido socialista oponiéndose a la unificación de los dos núcleos obreros a

cuyos componentes no les separan ideas políticas ni religiosas, exentas por completo de sus estatutos, y a los que unen propósitos comunes, los mismos anhelos de emancipación y hasta los mismos procedimientos de lucha.

El hecho de que la Unión General de Trabajadores fuese organizada por socialistas no justifica que éstos quieran tenerla encerrada dentro su puño perennemente. Ello equivaldría a querer retardar las grandes soluciones sociales, motivando incisiones y fracciones de colectividades y de partidos, fomentando odios y rencores, provocando vergonzosas luchas intestinas entre una misma clase, colectividad y pueblo y todo junto perpetuando el malestar, la tiranía política y la esclavitud económica.

¿Qué se diría de los anarquistas si por el hecho de haber algunos de ellos laborado para constituir la Confederación Nacional del Trabajo se negaran a la unificación con las demás organizaciones idénticas?

Siendo los anarquistas y los socialistas los que, por impulso de las ideas que sustentan, organizan y fomentan los sindicatos obreros, en los que *«caben todos los trabajadores»* sin que éstos tengan que manifestar profesión de fe alguna sociológica o política, y si con el objeto de defender los actuales intereses de los trabajadores mediante una fuerza que llegue a ser capaz de derribar el actual estado social que nos oprime, a unos y a otros toca procurar que esta unificación de fuerzas se haga lo antes posible no confundiendo las fuerzas con los ideales y satisfaciendo así, además, a la gran masa obrera, convencida de que su debilidad se debe a esa desunión de fuerzas, a esa falta de unidad de acción que alarga estérilmente, perjudicialmente, las luchas por su mejoramiento económico, haciendo fracasar los más extensos movimientos reivindicadores.

Los anarquistas y los socialistas no deben confundir las Sociedades obreras con su respectivo partido o colectividad; no deben identificar el sindicalismo, que sólo es un medio de lucha y de propaganda, con el fin de su respectivo ideal; porque entonces surgen antagonismos lógicos que imposibilitan toda acción común entre el proletariado, y favorecen a la burguesía y al Gobierno para su perpetuación opresora.

Y hacia este sentido equivoco se han inclinado algunos prohombres socialistas en el XII Congreso de la Unión General de Trabajadores, inclinando así la balanza hacia sus conveniencias particulares.

A las organizaciones obreras de España toca demostrar que pesan más que Pablo Iglesias, constituyendo la unificación necesaria y deseada por la clase obrera organizada de España.

unos moralmente como hace miles y miles de años. Nada hay que demuestre tan bien nuestros instintos feroces, como estas explosiones colectivas de odio salvaje, llamadas guerras.

Entre nuestro «yo» verdadero e interior y nuestro «yo» falso y exterior, hay un abismo. Tenemos odio estúpido y decimos sentir amor sincero; nos dominan bajas pasiones y queremos figurar como moralistas de sentimientos elevados... somos malos y nos presentamos como buenos. La terrible guerra europea nos lo demuestra bien claramente: todas las naciones dicen que luchan por los más bellos ideales; pero no se necesita más que un poco de sentido común y de desapasionamiento para ver que es el egoísmo, el odio, los bajos instintos, la ignorancia, lo que han impulsado a esos pueblos a este horroroso cataclismo.

Tenemos esperanza en que el hombre llegará a comprender el error en que vive y rectificará su cultura. Creemos que el hombre se dará cuenta de que si quiere llegar a ser feliz es necesario que se ponga en condiciones de serlo. Esperamos que el hombre verá que su peor enemigo lo lleva en sí mismo. Tenemos fe en que el hombre al fin dedicará sus mayores esfuerzos a perfeccionarse moralmente.

Y entonces, cuando de verdad trabaje por una educación moral, sana y elevada, habrá comprendido el camino del verdadero progreso, de ese progreso que tiende a que TODOS podamos disfrutar de cuanto en el mundo existe, de ese progreso que va hacia la dicha positiva; hacia la PAZ real.

IRIDIO



Pellicer Paraire

Acabamos de recibir la desagradable noticia de haber fallecido en Buenos Aires, donde tuvo que emigrar escapando de las garras de Marzo, Portas y demás tigres de Montjuich, el viejo compañero y maestro Antonio Pellicer Paraire. Hacía apenas dos meses que había salido en bien de una terrible enfermedad, que soportó con una valentía poco común a sus años, cuando le sorprendió una pulmonía fulminante que le aniquiló en menos de tres días.

Falleció el 21 de abril y por consiguiente a la edad de 66 años, habiendo empleado, durante casi toda su vida, sus energías y su talento en bien de nuestro salvador ideal.

Fué, el compañero Pellicer, director del semanario *El Productor*, redactor de *La Tramontana* y, junto con Anselmo Lorenzo, redactó la revista *Acracia*, de Barcelona. Discípulos ambos del italiano Fanelli, militaron en La Internacional y a ambos se deben las primeras organizaciones societa-rias de España, independientes de la escuela marxista. Fué uno de los precursores del movimiento sindicalista autónomo actual. Es autor de los folletos *En defensa de nuestros ideales*, del que se han hecho varias ediciones; *Conferencias populares sobre sociología*, *El individuo y la masa* y *La educación de la libertad*. Colaboró en

varios periódicos de América, especialmente en *El Despertar* y en *Cultura Obrera*, de Nueva York; en las revistas *Question Sociale* y *Ciencia Social*, de Buenos Aires, y últimamente en *El Titella*, de Barcelona. A su dirección se debe la excelente revista bonaerense *Exitó Gráfico*, modelo de buen gusto artístico.

Cuando su estancia en Nueva York, aprovechando la numerosa colonia catalana allí residente, fundó el periódico catalán *La Llamanera*, en el que, con un estilo satírico-humorístico que levantaba ampollas, combatió al famoso tripode social.

Con el sentimiento que la muerte de Pellicer nos ha producido, damos nuestro pésame a sus apenados hijos Evelia y Corralo.

Como sincero homenaje al compañero y maestro Pellicer Paraire, publicamos a continuación el siguiente artículo, entresacado de los muchos por él escritos:

Militarismo

El militarismo es considerado por nosotros como una de las fundamentales instituciones de la presente sociedad, pues tenemos el firme convencimiento de que, al grado de gloria que hemos alcanzado, sin la poderosa organización militar, sostenimiento de todos los privilegios, ni la clericalidad, ni la autoridad, ni la propiedad, subsistiría una hora más; el problema social sería prácticamente resuelto. Bien merece, pues, la atención del sociólogo y la de las clases obreras una institución que tiene tal mérito.

Una cualidad natural del autoritarismo es la imposición de la voluntad de quien lo ejerce. Y como quiera que la imposición excita la resistencia, por el espíritu de libertad natural en todo ser, de ello se sigue la necesidad en que se halla la autoridad de rodearse de la fuerza suficiente para amedrentar a los individuos o a los pueblos que quiere subyugar, hasta el punto de que éstos se consideren impotentes para rechazar al opresor y se resignen a la completa obediencia. Siendo este raciocinio muy lógico y por demás abonado por la historia, bien podemos deducir que el militarismo nació y se desarrolló con el autoritarismo.

La fuerza sigue a la autoridad en todas sus evoluciones, como igualmente participa de sus triunfos y desastres; la dominación es mansa, la fuerza es poco perceptible; la dictadura es violenta, los seides del tirano no se dan punto de reposo en su atropelladora brutalidad; es el gran ambicioso que pretende avasallar el mundo, crecen las hordas devastadoras; un imperio se derrumba, sus legiones se desmorilizan y destrozan; imposible concebir un episodio cualquiera de caudillos, reyes, emperadores o jefes de Estado, sin destacarse con brillante relieve la fuerza que les acompaña, como la sombra al cuerpo. De modo, pues, que la historia militar es la historia de la autoridad: no pueden separarse; y cuando toquen funerals para el autoritarismo, el militarismo habrá muerto.

En el actual período histórico, época de transición entre el mundo bárbaro y el civilizado, entre el dominio de la fuerza y el poderío de la razón, entre la ignorancia y la ciencia, de la misma manera que el autoritarismo se disfruta con vestiduras para engañar a los pueblos, el militarismo se cubre con el manto patriótico y ostenta el escudo de la defensa del bien público. Pero esta mascarada se descubre enseguida que se trate de desprestigiar o mermar su poder: entonces la autoridad arroja bien lejos el gorro frigio y la fuerza su escudo, presentando sólo los aceros y cañones. Nunca pueden olvidar ambas instituciones su origen, su historia, su constante propósito de dominación.

El militarismo moderno ofrece, ciertamente, un aspecto bien original. No es como la horda atiliana ni como la mercenaria mesnada del señor de horca y cuchillo. Es un compuesto de dos elementos completamente antagonicos: el primero, la base de la institución, es formado por el verdadero militar, el que libremente escoge la profesión de las armas para medrar

con ella, del mismo modo que otro se hace cura, magistrado o diplomático, procedentes todos de las clases privilegiadas; el segundo elemento lo constituye el soldado, ciudadano arrebatado de su hogar, a quien encierran en un cuartel, le visten con la librea militar, le dan un número, le leen la ordenanza; le entregan un fusil y le convierten en máquina destructora, siempre amenazado con la frase sacramental «pasado por las armas» a la más mínima rebeldía. Y cuando la inquisición militar ha conseguido arraigar en el ciudadano soldado la convicción de que contra ella es inútil la resistencia y obtenido la forzada resignación del presidiario, entonces se le propaga la idea de la gran misión que le está confiada: la defensa de la paz pública y de la patria; se procura exaltarle con narraciones bélico-heroicas; se le habla constantemente de la gloria militar, y así lógicamente armonizan aparentemente, los dos elementos, por naturaleza opuestos, que constituyen la fuerza de los Estados.

Para probar cuán cierto es lo que afirmamos, basta la exposición de este elocuente hecho: mientras con bullicioso regocijo se celebra en el seno de la familia del joven militar su ingreso en la milicia con los primeros galones puestos en su vistoso uniforme, y con la risueña esperanza de que en los disturbios sociales y en la guerra logre pronto el generalato, en el misero hogar del joven soldado llora la angustiada madre la desgracia del hijo, acaso su único sostén, temerosa de que la horrible ordenanza o la bala de otro soldado le inutilicen o maten...

¡Oh, el servicio militar obligatorio, la gran fórmula democrático-patriótica! Cruel sofisma, horrendo sarcasmo lanzado a la faz del hijo del pueblo!

El servicio militar obligatorio es un ataque al derecho individual, a la libertad del hombre, por lo mismo que se le obliga contra su voluntad y sin merecer semejante castigo. Es un atentado contra la familia, porque separa de ella al individuo más apto para el trabajo y para su sostén. Es un atentado contra la sociedad, porque se le priva de los mejores elementos para la producción, para la procreación, para el progreso humano, aumentando el número de los consumidores infelices, alterando de este modo la buena economía social y forzando a otros menos capaces a trabajar más para mantener el militarismo con sus enormes gastos de pertrechos bélicos. Es una contravención a las leyes naturales, por la violenta cohibición que sufre el individuo en la mejor edad de los goces, de la expansión, marchitando sus ilusiones y esperanzas, abandonándolo al ensimismamiento y fastidio, cayendo al falso atractivo de los vicios secretos, que extenuan y atrofian los mejores organismos, como consecuencia natural de la vida de cuartel, de la exclusión del sexo bello, de la falta de medios para la satisfacción de imprescindibles necesidades, de la excitación continua a todo lo brutal y de la completa ausencia de todo lo halagador y elevado. Todo esto, que es fundamentado en la calidad de los hechos, ¿no basta para convencer que el militarismo, lejos de ser una garantía del orden y de la libertad, es, por el contrario, un elemento altamente trastornador para el hombre, para la familia y para la sociedad?

Hay más: la institución militar es una cosa monstruosa: por una parte subyuga atrozmente a los jóvenes más robustos y potentes, convirtiéndolos en instrumentos automáticos de los poderes que dominan y explotan la sociedad; y por otra, se vale de esos mismos hijos del pueblo para oprimir a los hombres y a la sociedad entera; de este modo, el ciudadano-soldado es opreso y opresor de los otros ciudadanos; y si éstos alguna vez no pueden resistir las gabelas impuestas y los atropellos constantes y se irritan y rebelan, los mejores de sus hijos son los encargados de ametrillarlos y reducirlos al silencio; produciéndose en estos casos, muy comunes, que el hermano sacrifique al hermano, que el hijo mate a su propio padre, y tantos horrores que la humanidad contempla... Tal es la astucia del autoritarismo; tales

PAZ...

Desde que el hombre existe nunca ha vivido en «paz». Las necesidades y la ignorancia le hicieron guerrear en sus primitivos tiempos. Hoy es sólo la ignorancia la que le obliga a seguir matándose, pues las necesidades pueden ser satisfechas todas.

El progreso científico ha llegado a una altura asombrosa; pero moralmente estamos como en las primeras edades. Nos hemos preocupado de perfeccionarlo, de refinarlo todo; hemos gastado incalculables energías en llevar todas las cosas hacia la perfección; mas de nosotros mismos no nos hemos acordado, somos tan defectuo-